

Tipo de documento Working Paper N° 4
ISSN: 0327-9588

La cuestión nacional y la cuestión judía en el pensamiento católico argentino de principios de siglo

Autoría: Ghio, José María

Año de publicación: 1993

¿Cómo citar este trabajo?

Ghio, J. (1993). "La cuestión nacional y la cuestión judía en el pensamiento católico argentino de principios de siglo". [Working Paper. Universidad Torcuato Di Tella]. Repositorio Digital Universidad Torcuato Di Tella.

<https://repositorio.utdt.edu/handle/20.500.13098/12886>

El presente documento se encuentra alojado en el Repositorio Digital de la Universidad Torcuato Di Tella bajo una licencia Creative Commons Atribución-No Comercial-Sin Derivadas 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 DEED)

Dirección: <https://repositorio.utdt.edu>



UNIVERSIDAD TORCUATO DI TELLA

WORKING PAPER N° 4

LA CUESTION NACIONAL Y LA CUESTION JUDIA
EN EL PENSAMIENTO CATOLICO ARGENTINO
DE PRINCIPIOS DE SIGLO*

José María Ghio

* Conferencia sobre el Genocidio ante la Historia y la Naturaleza Humana, UTDT, Buenos Aires 8-10 de Septiembre de 1993

El catolicismo argentino y la crisis del liberalismo

La Iglesia Católica interpretó el largo proceso de secularización de la sociedad occidental, que aportó además del racionalismo una mayor autonomía en las esferas de la vida, como extirpación de lo sacro de la vida del hombre. La incompatibilidad entre el desarrollo de lo sagrado y la autonomía de la racionalidad científica fue explícita durante todo el siglo XIX. El rechazo a la modernidad, tal como se manifiesta en el **Syllbus** de 1864, constituye el momento más conflictivo en el proceso de separación entre la Iglesia y el mundo secular que había comenzado con la Revolución Francesa. El desarrollo de la historia moderna, caracterizado por la emergencia de los estados nacionales y la creciente hegemonía del pensamiento científico, otorgaron un carácter subsidiario a lo religioso.

En este contexto, la condena de la modernidad y el rechazo del estado liberal por parte de la Iglesia Católica favorecieron su aproximación a la "cuestión social" que aparecía en la Europa industrial en la segunda parte del siglo XIX. Justo cuando la Iglesia es separada del poder político y su autoridad moral es confinada en la esfera privada, la Iglesia se lanza a jugar un rol social. El papado de León XIII logró sacar a la Iglesia de su posición defensiva y empezar el camino en pos de la construcción de una institución capaz de conquistar la sociedad. A partir de ese momento la evolución del pensamiento social de la iglesia ha estado caracterizado por sus tensiones y conflictos con el liberalismo, y por consiguiente con el capitalismo liberal y con el socialismo.

La reacción de la Iglesia Argentina ante el avance del estado liberal es múltiple y se da en varios frentes. En la continuidad histórica, defiende sus derechos tradicionales buscando el concordato o la alianza con los sectores más conservadores de la oligarquía; centra su estrategia en la familia y en la educación,

desarrolla las empresas pedagógicas, la prensa católica y las prácticas de la devoción. Trata de ganarse a la élites, suponiéndose enraizada en los sectores populares, para reconquistar luego el estado. Finalmente, recibe de Roma y de las iglesias italiana, francesa, belga y alemana una ayuda decisiva. Sus hombres, sus pensamientos y sus organizaciones que se trasladan a América.

Durante la segunda mitad del siglo XIX el Vaticano dió los primeros pasos en la reorganización de las iglesias latinoamericanas. No librada aún de la presencia amenazante del liberalismo, la Iglesia Romana, comenzó a promover un mayor control interno y una presencia más vigorosa del catolicismo en la sociedad civil.¹

Parte de la dirigencia católica que en la Argentina acudió al llamado de Roma era políticamente conservadora. En esto no hacían más que seguir la enseñanzas de Pío IX (1846-78). Este sector del catolicismo había permanecido siempre muy cerca del Vaticano, eran intolerantes con los católicos liberales y con los grupos religiosos protestantes, insistentes en cuanto a la obediencia jerárquica y tradicionalistas en materia de religiosa.

Aunque el esfuerzo principal de la Iglesia en este período estuvo dedicado a la consolidación de los cambios internos, algunos dirigentes católicos comenzaron a tener una participación más importante dentro de la sociedad, anticipando el modelo de iglesia neo-cristiano. En realidad los comienzos del integralismo católico en la Argentina datan de la primera década del siglo, pero para su plena vigencia habrá que esperar hasta después del golpe militar de 1930.

Los veinte años anteriores estuvieron caracterizados por la adaptación a los nuevos desafíos surgidos del orden secular y por reordenamiento interior del clero. Durante el papado de Pío XI

(1922-1939) la jerarquía de la Iglesia Argentina se acercó aún más a Roma y el Vaticano apuntaló a los obispos argentinos en sus esfuerzos por desarrollar una presencia más efectiva en la sociedad. En este período se profundiza el proceso de "romanización" de la Iglesia Argentina. Bajo Pío XI los movimientos del tipo de la Acción Católica se convierten en la estrategia central de la Iglesia, mientras los partidos católicos son desalentados por la jerarquía eclesiástica, temerosa de los efectos secularizadores de la política partidaria sobre el campo católico.²

La Iglesia había comenzado a formular una política más activa dentro de la sociedad con el papado de León XIII (1878-1903), especialmente después de la publicación de la encíclica *Rerum Novarum* en 1891. Esta encíclica marca el la tardía inserción de la Iglesia en el mundo moderno, después de un largo combate contra la modernización de más de un siglo. Hacia el final de este proceso, ya separada del poder temporal, la Iglesia, redescubre su vocación social. Sin embargo, aún cuando León XIII se proclame a favor de un orden social más justo, que mitigue los costos del desarrollo capitalista y equilibre las relaciones entre trabajo y capital, en la doctrina social de la Iglesia continuarán primando los elementos anti-liberales y tradicionalistas.³

En primer lugar, existió una creciente diferenciación de la doctrina fundamental sobre la fe y la moral de los individuos y la familia en detrimento de los asuntos referentes a cuestiones específicas de la política y la economía. Esta diferenciación le permitió al Vaticano evitar conflictos con los estados europeos en la medida que no intervenía en los temas de la política cotidiana. Como resultado de esta concentración en los asuntos de la fe y la moral, ya fuera del control estatal, Roma pudo incrementar su autoridad central sobre la Iglesia misma.

En segundo lugar, el papado desarrolló una perspectiva sobre temas sociales opuesta al liberalismo con una visión neofeudal. Dentro de este marco, la "doctrina social" se convierte en una categoría doctrinal específica. Los papas evitaron el conflicto directo con los estados liberales devaluando la doctrina sobre los asuntos políticos y sociales, haciéndola lo suficientemente vaga como para evitar comprometerse como políticas (policies) específicas. Así, reteniendo una visión precapitalista y orgánica de la sociedad, el papado logro preservar para la Iglesia una independencia de las ideologías liberales.

El Papa Pío X (1903-14) repudió los esfuerzos por vincular la Iglesia con la modernidad, y Benedicto XV (1914-22) y Pío XI fueron claramente representantes de un clericalismo conservador y anti-moderno. La contraofensiva católica en el campo social provino de la necesidad que tenía la Iglesia Romana por recuperar espacios que había perdido en medio de las tremendas transformaciones políticas e ideológicas que siguieron a la revolución industrial y la internacionalización del capitalismo.

Cuando la Primera Guerra Mundial y la Revolución Rusa aceleraron la crisis del liberalismo europeo, aparecieron en escena concepciones políticas elitistas y anti-democráticas muy cercanas a las posiciones corporativistas de la Iglesia. Pío XI condenó el comunismo y alineó a la Iglesia con la fuerzas conservadoras de Europa durante las décadas del 1920 y 1930. Sólo cuando Mussolini intentó suprimir a la Iglesia, el Vaticano comenzó a criticar abiertamente al Fascismo y a Hitler.⁴ En España la Iglesia, que había sido víctima del anti-clericalismo durante la Guerra Civil, fue un apoyo básico del régimen de Franco.⁵

La recomposición de la influencia católica en la sociedad argentina constituye un proceso complejo que, de un modo apreciable, se prolonga hasta nuestros días. Este proceso se fundó, desde principios de este siglo, en la emergencia de instituciones

y prácticas sociales que otorgaron a la Iglesia una amplia gama de proyecciones sobre el estado y la sociedad civil. La necesidad de una nueva estrategia eclesiástica ocurrirá en el mismo momento en que los resultados de las políticas liberales y modernizadoras puestas en marcha hacia fines del siglo XIX cambiaban radicalmente el paisaje de la sociedad argentina.

Estas instituciones le permitieron tanto una intensificación de su presencia en sectores de la sociedad "moderna" que hasta ese momento se habían mostrado renuentes a la influencia del clero, como así también, la adopción de actitudes y discursos apropiados para un orden político en vías de transformación a comienzos del siglo XX.

De esta forma, los primeros pasos de los católicos en la construcción de un lugar destacado para la Iglesia en la vida del país se insertan en el ámbito más vasto de la crisis del liberalismo oligárquico, en un período que abarca desde la segunda presidencia de Roca hasta la caída de Yrigoyen con el golpe militar de 1930.

La relación de estos dos fenómenos sincrónicos - crisis del liberalismo y recuperación de la influencia católica - nos permitirá penetrar en el clima de ideas de un período caracterizado por profundas mutaciones ideológicas, cuyo resultados sentarán las bases que legitimaran la quiebra del orden institucional a comienzos de la década de 1930.

El debate ideológico tomó forma en medio de un marco social caracterizado por la llegada masiva de extranjeros que, atraídos por los éxitos materiales de la modernización económica, constituyeron el temprano proletariado de las ciudades en rápida expansión.⁶

Frente al desafío de estos nuevos sectores, que pugnaban por incorporarse a la sociedad argentina, la elite conservadora se mostró incapaz de imaginar canales de participación política o de sacrificar parte de sus intereses económicos en aras de la construcción de un orden político duradero. Como consecuencia, debió enfrentar tempranamente el surgimiento y avance de organizaciones obreras de raigambre anarquista y socialista que cuestionaron las bases mismas del pacto oligárquico. Desde entonces, una zona compartida de anticlericalismo y laicismo que se hallaba entre las premisas ideológicas fundacionales de la generación del '80 comenzará a ahogarse en los estrechos límites del modelo político diseñado por la oligarquía gobernante.

El cambio en la composición de la sociedad, transformada por la inmigración masiva, se hizo cada vez más intenso desde comienzos de siglo. Las reacciones suscitadas por "lo extranjero", "lo italiano" constituyen un punto interesante para detectar las profundas mutaciones que inciden sobre el debate ideológico. De esta forma, se establece una mecánica donde los recién llegados dificultosamente se integran a los sectores populares sin abandonar el horizonte de su cultura de origen, la que actúa como un prisma a través del cual recogen los nuevos datos de la realidad del trasplante.⁷

Mientras tanto, la otra cara de este proceso estaba representada por los diversos sectores de la sociedad tradicional, entre ellos la Iglesia Católica, desde donde se comienza a alertar, con rasgos cada vez más autoritarios, sobre la influencia negativa de la incipiente presencia "foránea", imputándosele, con mayor o menor virulencia, calificativos que reflejan una profunda tendencia hacia la rechazización del lenguaje político.⁸

De esta forma, bajo el influjo del fuerte impacto inmigratorio, una rápida mutación de valores se expresaba, al decir de los críticos del nacionalismo emergente, en una "ola de

materialismo" que se expresaba en una exaltación desmedida de los logros económicos, en la carencia de escrúpulos, la falta de religiosidad y el escaso interés por las tradiciones y el orden político.

Esta combinación de nuevos elementos encuentra en el ámbito religioso fuertes ocasiones de conflicto. De la mano de los recién llegados no solamente venían las ideas anarquistas y socialistas, sino que proliferaron numerosas logias de tendencia anticlerical que se generalizaron entre los sectores populares urbanos.⁹

Desde la Iglesia la irrupción de conductas anticlericales es juzgada en un doble aspecto: mientras ponía en evidencia el carácter "disolvente" de la inmigración, estrechaba los lazos de solidaridad con las elites oligárquicas, las que se veían confrontadas con un tipo de anticlericalismo que no era el suyo.¹⁰

La inserción y domesticación de estas corrientes contestatarias y anticlericales se produce junto a la ola de prosperidad económica y reformas secularizadoras que signan las últimas dos décadas del siglo XIX. Esta feliz solución para las tensiones latentes entre la república oligarquía y los nuevos sectores populares, que se mostraría precaria con la profundización de las demandas que desde abajo procuraban una mayor participación política, encontraba un significativo punto de apoyo en el sentimiento común de aversión hacia la influencia clerical.

La similitud del Estado Argentino, que rompe relaciones diplomáticas con el Vaticano en 1884, y el proceso de unificación italiana, surgido del desafío al poder eclesiástico es significativa. Ambos procesos se desenvuelven en un clima de ideas rigurosamente liberal y anticlerical.¹¹

La Iglesia afrontó en esta época un escollo más profundo y quizá más radical que el de estos convencidos adversarios: la

prosperidad económica y sus consecuencias sobre la mentalidad de los nuevos sectores medios. La pérdida de influencia y predicamento en una atmósfera social que ella denuncia como cargada de una concepción de la vida que sólo apuntaba a la conquista del éxito económico, del bienestar material, que prescindía de cualquier consideración espiritual, hará que se sitúe en una posición defensiva. Los acontecimientos internos y externos no tardarán en ponerla en franca reacción.¹²

Así como la Iglesia vivía esta realidad como una contaminación de la sociedad, la agitación social y el derrumbe de las creencias tradicionales fue visto con profunda inquietud por algunos miembros de la elite dirigente argentina.¹³

Desde la Iglesia y desde el estado, diversos intelectuales percibieron con alarma la crisis de orden liberal. En un espacio compartido por posiciones religiosas y escépticas surgió una conciencia que desconfiaba de la racionalidad liberal, reclamaba nuevas formas de acción política y nuevos símbolos que armonizaran con una sociedad donde el conflicto y la heterogeneidad cultural de sus componentes tomaban formas que escapaban al control político.

De esta forma Argentina debió enfrentar la "cuestión nacional" y, en buena medida, los contenidos engendrados por dicha problemática tendieron un puente a través del cual la Iglesia fue retornando a posiciones de influencia institucional.

La filosofía racionalista, expresada el positivismo y el laicismo, y sostenida por los dirigentes de la década de los 1880 fue perdiendo su vigor mientras el apacible porvenir, producto de la exportación agropecuaria, se tornó en un presente con sucesivas crisis económicas, problemas crecientes generados por la urbanización e inmigración aceleradas, radicalización de los conflictos obreros, y división política al emerger el Unión Cívica Radical como alternativa al orden conservador. En la confluencia de

estos factores se percibe una nueva concepción del estado en la que ya no se cuenta con el desarrollo natural, producto de leyes benéficas, en favor del orden político, y donde "lo conservador" irá desplazando rápidamente a "lo liberal".

El positivismo cede lugar a filosofías espiritualistas y vitalistas que permiten asignar a la voluntad y la acción un papel preponderante en la construcción del orden social. Como resultado de estos cambios ideológicos, tanto los intelectuales, como la elite burguesa que había dado forma al estado liberal, comienza a dar muestras de un cambio hacia actitudes más conservadoras.

Obviamente, resulta trabajoso recomponer la trama de motivaciones y mediaciones ideológicas que operaron sobre la elite conservadora entre las crisis de su ideario liberal y la amenaza creciente que percibían en la sociedad, pero es posible afirmar la existencia de una fuerte relación entre esta crisis ideológica y el resurgimiento dentro de elite de actitudes favorables a la Iglesia de forma más o menos ambiguas.¹⁴

El encuentro entre el conservadorismo, que ganaba espacios entre los grupos dirigentes, con el nacionalismo elitista de comienzos de siglo XX fue de crucial importancia para el futuro desenvolvimiento de la Iglesia Argentina. El nacionalismo considerará al catolicismo como un elemento formativo fundamental de la nación. De esta forma, "el ser nacional" es vinculado con el pasado colonial, hispanista y católico, como oposición al proyecto de una modernidad "extranjerizante" y liberal.

Este análisis del pasado reciente de la Argentina coincidía con los sectores más tradicionales del catolicismo y, sin duda, con las aspiraciones más caras de la jerarquía eclesiástica: re-cristianizar a la sociedad y al estado.

La adopción de un tono más conservador entre los representantes de la intelectualidad liberal se planteó como respuesta a un contexto político en el que la sociedad civil pugnaba por alcanzar su estatus político sin encontrar el espacio necesario en el estrecho marco configurado por el "roquismo".

La segunda presidencia de Roca (1898-1904) deja traslucir el agotamiento del impulso liberal y progresista, mientras se observa una mayor preocupación de estado por generar mecanismos de control social. El recrudecimiento de los conflictos obreros mostraba la cara no deseada de la modernización. La Ley de Residencia de 1902 es un buen ejemplo de estas preocupaciones. Destinada reprimir los actos violentos del anarquismo, permitía expulsar del país a los extranjeros culpables de estos delitos, pero también podía ser utilizada como instrumento selectivo, de discriminación ideológica, en la política inmigratoria.

En ocasión de la discusión de esta ley, cuando la ciudad de Buenos Aires sufría las consecuencias de una huelga acompañada de violencia, el ministro del interior, Joaquín V. González, expresaba con las siguientes palabras la encrucijada ideológica en la que se encontraba el liberalismo argentino: "La libertad absoluta tal como ha sido entendida entre nosotros hasta hace muy poco, es en los momentos actuales un grave peligro (...)"¹⁵

De esta forma, "la cuestión nacional" en una sociedad desbordante de extranjeros e hijos de extranjeros con participación política sumamente retaceada, en la que la oposición jaqueaba desde distintos lugares al régimen constituido, terminó por condensarse como "cuestión democrática". La solución política, sólo parcial, se logró con el ascenso del Partido Radical al poder en 1916.¹⁶

Al presentarse al Congreso en 1902 un proyecto de ley de divorcio, la línea secularizadora iniciada con respecto al matrimonio en 1888 encuentra rígidos límites ante una mayoría de

legisladores que retroceden frente a la advertencia de la jerarquía eclesiástica sobre los efectos "disolventes" de tal medida.¹⁷

La consigna más significativa de los católicos en los primeros años del siglo XX, "ganar la calle", al tiempo que muestra hasta donde había retrocedido la influencia eclesiástica en la sociedad, propone, desde una postura de combate, la edificación de un poder de convocatoria que debería esperar todavía dos décadas para manifestarse plenamente.

En este momento, hombres con la relevancia intelectual y política de Leopoldo Lugones y Manuel Gálves esbozarán en sus textos un anhelo de conciliación para la heterogénea sociedad argentina mediante la comunión de un ideal nacionalista, y de un profundo contenido anti-liberal y anti-democrático.

Pero la Iglesia Católica, que a la postre cosechará los beneficios de la mutación ideológica que se operaba en amplios sectores de la dirigencia política argentina, necesitará primero invertir sus escasos recursos en plasmar una serie de iniciativas conducentes al fortalecimiento de la institución y a la movilización del laicado.

El renacimiento del catolicismo argentino

Las buenas relaciones que la Iglesia montuvo con el primer gobierno de Hipólito Yrigoyen, no impidieron que los conflictos reaparecieran durante la administración de su sucesor, el presidente Alvear, también de origen radical. Fue esta la última confrontación entre la Iglesia y el estado, sin embargo, la correlación de fuerzas y el carácter de los protagonistas habían cambiado profundamente desde los tiempos de Roca.

En 1923, con la muerte del obispo Espinosa, el Arzobispado de Buenos Aires quedó vacante. Con tal motivo, el Senado en uso de las

disposiciones constitucionales, elevó una terna con mons. de Andrea en primer término para ocupar la vacancia de la sede episcopal. Un mes después el nuncio apostólico en la Argentina le notificaba al presidente Alvear que el nombramiento tropezaba en el Vaticano con grandes dificultades, a la vez, le comunicaba que la Santa Sede vería con alivio su reemplazo por otro candidato.¹⁸ El presidente Alvear insistió con la candidatura de mons. de Andrea esgrimiendo sus derechos conferidos por el patronato, pero estos jamás habían sido reconocidos por Roma.

El conflicto desató una polémica que fue seguida con detenimiento por toda la prensa de Buenos Aires, hubo partidarios de mons. de Andrea y fervientes opositores a su nominación, entre estos últimos muchos católicos notables. En los medios crecía la idea de que el veto a de Andrea provenía de sectores dentro de la propia Iglesia Argentina por considerarlo un obispo pro-radical, o al menos demasiado tentado a aparecer asociado a iniciativas públicas y sociales no siempre del gusto de una jerarquía católica cada vez más romanizada. De hecho, el estilo pastoral de mons. de Andrea resultaba compatible con la mayor democratización que acompañó al ascenso del radicalismo al poder. Finalmente, el gobierno aceptó la renuncia de mons. de Andrea y a cambio declaró persona no grata al nuncio, quien fue reemplazado por la Santa Sede en 1926. El obispo designado, José María Bottaro, estuvo sólo a medias al frente de la arquidiócesis, dado sus problemas de salud se nombró como Vicario General de la diócesis a mons. Santiago Copello en 1928.

El hecho que algunos obispos consideraran a mons. de Andrea como una figura "liberal", como se ha sostenido, a pesar de su manifiesta preferencia por los arreglos sociales de neto corte corporativista, es un buen indicador de hasta donde había llegado la rechazación de la jerarquía católica argentina.¹⁹

Con la represión obrera conocida como la "Semana Trágica" (1919), la Iglesia vuelve a alzar su voz para condenar a los "extremistas extranjeros" sumándose a la reacción nacionalista de otros sectores altos de la sociedad expresados en organizaciones tradicionalistas como la Liga Patriótica.²⁰

Superados los enfrentamientos institucionales, habiendo reorganizado sus estructura interna y subordinado a los movimientos laicales, la Iglesia Argentina se encontraba en condiciones de enfretar desafíos de mayor envergadura. Entre ellos, en primer lugar, la re-cristianización de estado. Las instituciones encargadas de de dar forma a este proyecto comenzarán a gestarse en la década del 1920, pero alcazarán pleno desarrollo durante las dos décadas siguientes. Entre ellas, la Acción Católica Argentina será la eje sobre el que girará la extensión de la influencia eclesiástica en la sociedad civil.

Antes de entrar de lleno en este período es necesario dar cuenta de dos hechos que marcarán profundamente el renacimiento del catolicismo argentino y le imprimirán su carácter por dos décadas: la creación de los Cursos de Cultura Católica y la aparición de la revista Criterio.

Así como las posibilidades de extender influencia eclesiástica en la clase trabajadora fueron limitadas por la existencia del partido Socialista, entre la elites en cambio, las condiciones habían mejorado sustancialmente a partir de la primera década del siglo. Tal como había ocurrido en el pasado, las corrientes del pensamiento europeo encontraban en Argentina una amplia recepción en los grupos intelectuales. La reacción contra el liberalismo y el positivismo en Europa fue seguida de cerca en Buenos Aires, permitiendo el surgimiento de una actitud favorable hacia lo religioso, en posturas que van desde el social-cristianismo hasta el fascismo puro y llano. En los años posteriores a la Primera Guerra Mundial, ser católico, aún ser militante católico, se

convirtió en algo más aceptable entre los descendientes de la generación del 80.²¹

Hacia comienzos de los años 20 la juventud intelectual católica carecía de una institución cultural que la preparase eficazmente en el aprendizaje de las disciplinas esenciales de la doctrina católica. La necesidad se hacía más imperiosa desde que el Vaticano había adoptado la filosofía de Santo Tomás de Aquino como ortodoxia oficial de la Iglesia. En 1922 se crean en Buenos Aires los Cursos de Cultura Católica con apoyo del Episcopado. Los Cursos fueron el equivalente a una elitista universidad católica, sus grandes impulsores fueron Atilio Dell'Oro Maini, Tomás Casares y Cesar Pico. Su momento de apogeo se hubica entre fines de los años veinte y principios de los treinta, cuando ejercieron una decisiva influencia formativa sobre la nueva camada de jóvenes intelectuales que protagonizarían el resurgimiento de un catolicismo fuertemente tributario de la diversas corrientes anti-democráticas que circulaban en Europa.²²

En principio, Los Cursos estaban destinados cubrir las insuficiencias formativas que este grupo de estudiantes encontraba en la universidad liberal, materias tales tales como Historia de la Iglesia, Sagradas Escrituras, Filosofía Medieval, Filosofía Tomista y Latín formaban parte de los cursos regulares. A éstos se le sumaba el *Convivio*, ateneo de discusión y conferencias, lugar de encuentro informal, generalmente dirigido por Cesar Pico, donde existían también actividades artísticas que iban desde la poesía a la plástica. La actividad de los Cursos continuaba con retiros espirituales de tres días por año en la Casa de Ejercicios.

El presbítero Julio Meinvielle presentó en Los Cursos su ciclo sobre "Concepción Católica de la Política" en 1932.²³ Sin duda que para aquellos jóvenes deseosos de encontrar en los Círculos algo más que la educación católica que universidad liberal les negaba, el contacto con las ideas de Meinvielle les permitía

descubrir los fundamentos cristianos de un **nuevo orden**, distinto al de la democracia liberal que denostaban. Meinvielle, quien se convertirá en uno de los referentes intelectuales de esta nueva generación de militantes católicos, predicaba el una especie de fascismo como alternativa a la "decadente" democracia liberal, y sus discursos contenía una fuerte dosis de antisemitismo.²⁴

Para Mario Amadeo, uno de los jóvenes atraído por los Cursos, y que consideraba entonces a Meinvielle "algo así como el capellán" del grupo, los Cursos significaron "una renovación plena de nuestra vida intelectual. Pudimos apreciar que nuestra doctrina era infinitamente más rica y más actual que todas las demás concepciones e ideologías entonces en boga".²⁵

La trayectoria del joven Amadeo nos permite ver el clima intelectual en que movían algunos de los participantes de los Cursos. A fines de 1928, Amadeo junto a un pequeño grupo de intelectuales fundó Baluarte, el grupo se proclamaba hispanista, enemigo acérrimo de la democracia liberal, corporativista, intransigentemente católico y tomista. Recibían sus inspiración de lecturas europeas, de José de Maistre, de Bonald, Donso Cortés y Vázquez Mella. Baluarte "era cerradamente hostil al orden vigente y propiciaba su total abolición". De hecho, todos sus miembros se plegaron al golpe militar que en 1930 derrocó al gobierno radical "creyendo ver en este movimiento el punto terminal de la democracia liberal en Argentina".²⁶

Los miembros de Baluarte estaban estrechamente vinculados con los hermanos Irazusta y Ernesto Palacio, quienes dirigían la revista *La Nueva República*. Estos en cambio, se inspiraban en el ideario de Maurras y en la Acción Francesa. Si bien compartían sus simpatías por la causa del catolicismo en Argentina, se apartaban de la ortodoxia oficial tomista. En cambio, en los Cursos, la filosofía tomista era utilizada para afirmar una concepción jerarquizada de la sociedad, en la cual el poder legítimo recae en

hombres eligidos por Dios y no por el sufragio, alentando así, la producción de discursos de contenidos anti-liberales y anti-democráticos. Esta concepción de la sociedad reforzaba en la Iglesia la búsqueda de aliados entre los sectores altos de la sociedad, como respuesta a la creciente participación popular en la política. Esta postura antidemocrática no es exclusiva de los católicos argentinos, por el contrario, se inscribe dentro de la renovación neoescolástica iniciada sobre todo en Italia con la Civiltà Católica, y oficializada por el papa León XIII en la encíclica *Aeterna Patris* (1879). De no menos relevancia, por su impacto en el catolicismo argentino, es la obra de los católicos tradicionalistas españoles, entre los cuales sin duda el de más peso fue Juan Donoso Cortés; la expansión y renovación de la educación católica en España a partir de la segunda mitad del siglo XIX también dejará su fuerte influencia en la Argentina.²⁷

En 1928 un grupo de intelectuales provenientes de los Cursos funda la revista *Criterio*,¹ su primer director será Dell'Oro Maini y sus colaboradores directos en la revista serán también figuras provenientes en su mayoría de los Cursos de Cultura Católica: Tomás Casares, Faustino León, Emiliano Mac Donagh, y como secretario de redacción Samuel Medrano. *Criterio*, pasará por distintas etapas, continuando su publicación hasta la actualidad. De hecho, desde sus comienzos se convirtió en la publicación más influyente del catolicismo argentino.²⁸

La revista *Criterio* comienza siendo un medio católico de cultura, seria y elaborada, mayormente destinada a un público educado y elitista. Si bien es cierto que en los comienzos participa en su redacción un grupo diverso de intelectuales; básicamente, la revista estaba estructurada sobre las premisas del antiliberalismo militante de la época que expresaba el catolicismo

1 Sobre *Criterio* y su impacto sobre el catolicismo argentino nos ocuparemos en detalle en el capítulo siguiente.

integral. A pesar de cierta diversidad, *Criterio* no era una revista totalmente independiente, no sólo recibió aporte financiero de origen eclesial, sino que su ortodoxia estaba garantizada por un censor, el padre Zacarias de Vizcarra.²⁹

Gradualmente, en parte por el carácter de los artículos y en parte por que Iglesia prefería un tipo de publicación más accesible al público, las relaciones entre los jóvenes integrantes de la redacción y el censor comenzaron a deteriorarse. Vizcarra presentó el tema ante la Curia argumentando que la publicación no seguía las directivas del Vaticano. El resultado de la disputa fue la renuncia de Dell'Oro Maini, quien con parte del grupo original se separó de *Criterio* y creó la revista *Número* que tuvo de muy corta duración.

No obstante, en esta primera época ya estaba presente la temática y la orientación centrales que la revista llevará adelante con infatigable constancia durante toda la década siguiente, y hasta el ascenso del Gral. Perón al gobierno a mediados de los cuarenta. Ataques contra la prensa liberal, especialmente contra *La Prensa*, *Crítica* y, obviamente contra el periódico socialista *La Vanguardia*. En los primeros números, Galves escribe sobre las dictaduras "modernas", Italia, España y Grecia, a las que define como "greco-latinas, mediterráneas, cultas", herederas de la política clásica y opuestas por tradición al romanticismo liberal de Rousseau. Ernesto Palacio dedica una serie de artículos contra la Reforma Universitaria; César Pico escribe sobre "la nueva Edad Media"; Meinvielle sobre "Teología y política".³⁰ Bajo la guía de Vizcarra y la dirección de Enrique Osés, la revista comenzó un breve período de relativa decadencia hasta que, en 1932 asume la dirección el padre Gustavo Franceschi, logrando un producto más balanceado, menos elitista, y fundamentalmente, más útil a los designios de la Curia.³¹ Franceschi será el director de *Criterio* hasta la fecha de su fallecimiento en 1957,³²

El relanzamiento de *Criterio* bajo la dirección de Franceschi coincide con la creación de la Acción Católica Argentina. La revista no fue su órgano oficial, pero sirvió a la ACA como canal de comunicación, a través de la participación como redactores de varios de sus dirigentes más importantes. Fundamentalmente, *Criterio* fue el medio de expresión del catolicismo integral argentino de los años treinta. Pero también fue, algo que generalmente se descuida, la revista de mons. Franceschi. La tenacidad con que Franceschi acometió la tarea fue inigualable, infatigable polemista, escritor claro y directo, número a número enfrentó los temas más candentes de la hora política nacional e internacional. Escribió incansablemente sobre todos los tópicos: los peligros del comunismo, el nacionalismo, el rol de estado, sobre las ventajas del corporativismo, sobre la organización del sindicalismo, la situación económica, sobre la política europea, sobre la Guerra Civil Española y sobre la "cuestión judía". Recorriendo los números de *Criterio*, primero de aparición semanal más tarde bisemanal, resulta sorprendente constatar, que sobre cada tema que al revista abordó, sus artículos fueron casi siempre los más agudos y polémicos, los que daban en el centro de blanco que eljía para el ataque. Ciertamente, Franceschi no fue el único representante del catolicismo integral en la Argentina de esos años, pero su labor en la difusión de la causa y en la formación de una nueva camada de dirigentes no tuvo igual.³³

Hacia fines de la década de 1920 son varias las fuerzas e instituciones políticas que propondrán un fin drástico al debilitado gobierno de Hipólito Yrigoyen. Ciertamente, no todas provendrán del campo católico, ni todas se inspiraban en el ideario de los totalitarismo europeos, pero la influencia ganada por la corrientes anti-liberales permitirá al corporativismo católico tener una voz entre las heterogénicas fuerzan que concueren al revolución. El bloque autoritario incluirá, junto al Ejército y la Iglesia, a un núcleo de nacionalistas "maurrasianos", de corte aristocratizante y de extracción social elevada, que inspirados en

el renacimiento católico europeo, trasladado a la Argentina a través de los Cursos de Cultura Católica, sentarán las bases ideológicas del golpe de estado. La legitimación eclesíastica de la intervención militar en la vida política, soldará férreamente una coalición autoritaria de destinada a perdurar en la política argentina. Ambas corporaciones - el Ejército cristianizado y la Iglesia militarizada - autopercebiéndose como la encarnación de la nacionalidad agredida, de una nacionalidad hispanizante "anterior a la Patria misma", constituirán las instituciones visibles desde donde se intentará reformular la estructura del estado y de la sociedad.

La Iglesia de la Nueva Cristiandad

El 6 de Septiembre de 1930, cuando el presidente Yrigoyen fue derrocado por el ejército, la Iglesia Argentina manifestó públicamente su entusiasmo.³⁴ El golpe militar nacionalista dirigido por el Teniente Gral. José Felix Uriburu marcó una doble ruptura en la experiencia política del país: institucionalmente, significó el fin de la estabilidad política inaugurada en 1862 como resultado de los arreglos constitucionales; en el terreno económico, expresó el agotamiento del crecimiento basado en la política de exportaciones agrícolas y del pacto aligárquico que la sostenía. En cuanto a sus efectos a largo plazo sobre la formas de entender la acción política, la primera intervención del ejército en la vida política del país señaló el inicio de la disolución de la cultura liberal que había conducido la organización nacional.

La quiebra del orden institucional en la Argentina coincide con el apogeo del proyecto restaurador que la Iglesia Católica había lanzado a escala internacional. La ideología de la Nueva Cristiandad sobre la que se edificó este programa está compuesta por dos principios centrales: una relación estrecha entre Iglesia

y Estado; y la identificación entre fe y cultura. Surgida en el contexto de la confrontación entre la Iglesia y liberalismo, la ideología de la Nueva Cristiandad propagó el ideal de una nueva cruzada: la re-cristianización del mundo. Este ambicioso proyecto, erigido para devolver a la Iglesia Católica la centralidad perdida con la modernidad, debía expresarse en una actitud militante por parte del laicado, y en una presencia activa de los católicos en las instituciones sociales y políticas.

La Nueva Cristiandad simbolizaba la aspiración utópica de reeditar el modelo de la sociedad católica integral tal como se había materializado en la cristiandad medieval. En clima adverso de la modernidad capitalista, la Iglesia Católica intentará a través de esta utopía la re-conquista sobre los terrenos perdidos durante el proceso de secularización que siguió a las revoluciones burguesas europeas y a la consolidación del capitalismo industrial; la educación, la economía y la "cuestión social" en general serán las áreas privilegiadas donde se centrará la acción eclesiástica.

Además de los aportes de Pío XI a la Doctrina Social de la Iglesia y de la organización de la Acción Católica a escala universal, este movimiento aparecen asociados a nuevas corrientes de pensamiento que serán las encargadas de devolver el dinamismo intelectual a un laicado muchas veces apático: el social-cristianismo y el romanticismo católico hispanoamericano. La principal figura del primero fue, sin duda, Jacques Maritain; sus conceptos de "humanismo integral" y "revolución cristiana", han de movilizar a vastos sectores de la intelectualidad católica. La segunda corriente será tributaria de Spengler, cuya "Decadencia de Occidente" tuvo gran difusión en el período de entre guerras, y de Ramiro de Maeztu, quien con su "Defensa de la Hispanidad" contribuyó a darle forma a esta segunda vertiente que se manifiesta más tradicionalista y nostálgica del pasado que la primera.

Edificada sobre estos conceptos, la emergencia de una ideología integralista, orientada hacia un catolicismo tradicionalista y conservador, caracterizará la posición de la mayoría de los católicos argentinos desde la década del treinta hasta el advenimiento del peronismo en 1946. Dos instituciones de distinto orden, tuvieron un rol central en la constitución del catolicismo integral argentino: la Acción Católica y la revista *Criterio*.³⁵

En el campo político, La "Revolución de 1930" abrió, además, un período en el cual el retorno de los sectores conservadores al gobierno se produjo en el marco de proscripción política del mayoritario Partido Radical, que facilitó el auge del nacionalismo católico y la creciente influencia de la Iglesia dentro del Estado. El corporativismo y las deficiencias del sistema democrático fueron durante toda esta década los principales temas de discusión tanto al interior como fuera de la Iglesia. Las posiciones anti-liberales abarcaron un espectro que iba desde el corporativismo social-cristiano, hasta la adhesión lisa y llana al fascismo.³⁶ Lamentablemente, la prédica contra el "demoliberalismo" no quedó encerrada en el ámbito estrecho de la institución, sino que desde el estado, la prensa, y sobre todo, a través de la obra de los intelectuales de la derecha católica se fue internalizando en la sociedad. Las huellas de esta derechización de la cultura política persistirán en el tiempo, algunas veces inalterables y otras reforzadas con nuevos ingredientes autoritarios que modificaran, sin ahacer desaparecer por completo, la herencia política de este período.

La década de 1930 trajo también un significativo crecimiento institucional para la Iglesia Argentina. Se multiplicaron las diócesis y se erigieron nuevas parroquias. Sin embargo, de mayor importancia por su permanencia en la escena política y su grado de penetración en la sociedad fue la aparición de la Acción Católica Argentina (ACA) en 1931. La jerarquía católica había decidido su

creación a través de una pastoral colectiva en el año 1928. En un principio, la ACA no fue más que la rama nacional del movimiento a escala mundial con que el Vaticano a partir de Pío IX trató de organizar la participación de los católicos en la estrategia de expansión de la Iglesia. Sin embargo, rápidamente la ACA siguió los lineamientos de dirigentes enrolados en el catolicismo integral, y se convirtió en el vehículo de tendencias anti-democráticas y corporativistas dentro del laicado católico.³⁷

La cohesión y unidad del catolicismo había sido uno de los preocupaciones centrales de la jerarquía católica argentina desde el comienzo del proceso de reorganización institucional. Para evitar la fragmentación que caracterizó a las organizaciones del laicado en las dos primeras décadas del siglo, la jerarquía optó por un modelo fuertemente centralizado para la organización de la ACA, siguiendo la pauta de su simlilar italiana.³⁸

En el plano ideológico, la revista *Criterio* cumplirá un rol decisivo en la formación de las nuevas camadas de intelectuales católicos, oficiales del ejército, profesionales y sectores de la clase media y alta asociados a la Acción Católica. En sus priemros años, *Criterio*, se orienta hacia la fundamentación ideológica de distantas formas de corporativismo en notas de fuerte tono anti-liberal y anti-democrático. El contenido de sus artículos es la más clara demostración del grado de derechización a que se había llegado en los medios católicos nacionalistas en los comienzos de la década. Desde sus páginas se elogió a Mossolini, se aplaudió la victoria de Franco en la Guerra Civil Española y se fustigó a los socialistas, a los comunistas y a los judios. Huelga señalar que la revista recibió jubilosa a la instauración del régimen militar del Gral. Uriburu en 1930.³⁹

Seguidamente analizaremos las manifestaciones políticas del catolicismo argentino a lo largo de esta década comenzando por la relación entre la catolicismo y nacionalismo y sus consecuencias

sobre la política eclesiástica, seguidamente nos ocuparemos de la revista *Criterio* y su influencia política y, finalmente, examinaremos los resultados del crecimiento institucional operado en la Iglesia durante esta década.

Catolicismo y nacionalismo

El período que se inicia en 1930 está determinado por la irrupción del nacionalismo en el escenario político argentino.⁴⁰ Expresión ideológica sólo parcialmente externa a la institución eclesiástica, las relaciones entre el catolicismo y el nacionalismo de derecha caracterizaron el modo en que religión y política se vincularon en la etapa que culminará con el ascenso del peronismo al poder. La mutación ideológica de muchos representantes del liberalismo conservador y su encuentro con un tipo de nacionalismo elitista que crecía en importancia entre los grupos dominantes de la sociedad, será de crucial importancia para el futuro desenvolvimiento de la Iglesia Argentina.

"¿Qué fue, pues, el nacionalismo?" se preguntará Mario Amadeo² en 1956, pocos meses después del derrocamiento de Perón, en un ensayo donde analiza los acontecimientos que condujeron al surgimiento del peronismo y luego a su caída: "En el plano religioso el nacionalismo argentino tomó la bandera de la vuelta a la religión y, más concretamente, al catolicismo." En cuanto al diseño político el nacionalismo "postuló el principio de los

² Mario Amadeo fue Canciller de gobierno de Lonardi en la primera fase de la "Revolución Libertadora" que derrocó a Perón en Septiembre de 1955. Había participado activamente en el movimiento nacionalista desde su juventud. Paralelamente, fue diplomático de carrera hasta 1945, y activo participante del gobierno militar de 1943.

gobiernos fuertes y concentró sus ataques en la instituciones más representativas de la democracia liberal, especialmente en el Parlamento". En materia filosófica "preconizó la vuelta a las tradiciones anteriores a la era liberal y expresó una elevada dosis de escepticismo ante los dogmas del progreso indefinido y del mejoramiento moral por difusión de los conocimientos científicos". En lo relativo a la sociedad "fue fuertemente estatista y corporativista". Finalmente, "en el campo de la soluciones nacionales afirmó la necesidad de fortalecer la conciencia nacional frente al espíritu - que juzgó extranjerizante - de la etapa precedente, pronunciándose decididamente contra la influencia de la naciones llamadas imperialistas (...) en cambio, exhibió marcadas simpatías por España y proclamó el ideal de la unidad hispanoamericana bajo el signo de los valores culturales que tuvieron en la madre patria su más alta expresión".⁴¹

Este tipo de discurso, que implicaba una radical reinterpretación de la historia argentina, a la vez que devolvía un lugar al catolicismo en la política, coincidía con los anhelos más caros de la jerarquía de la Iglesia a fines de los años veinte: recristianizar una sociedad que el liberalismo había secularizado. Hasta el golpe militar del 6 de Septiembre de 1930, la Iglesia como institución no había participado directamente en actividades políticas. Limitada a su reorganización institucional, sin un laicado organizado unitariamente bajo su tutela, y sin una estructura interna que pudiera hacer frente satisfactoriamente a sus necesidades religiosas, la Iglesia, no tuvo los medios, ni la energía para influir **directamente** sobre la esfera pública. Esto no quiere decir que no hubiera deseado hacerlo, simplemente no pudo.

La aparición en escena del movimiento nacionalista proveyó los medios principales a través de los cuales un importante sector de católicos pudo canalizar su actividad política. De mayor importancia aún, fue el hecho de que el nacionalismo le ofreció la oportunidad, a través del golpe de estado, de volver a ubicar a la

institución en el seno de Estado, primero en 1930 y luego de forma más concluyente, con el golpe de estado de 1943.

El eje del encuentro entre el nacionalismo y el catolicismo se centró especialmente en una coincidencia sobre tres puntos: la oposición al liberalismo, la preferencias por políticas corporativas; y la reinterpretación del sentido de "argentinidad", asociado esta vez a las raíces católicas e hispánicas del legado colonial fundamento cultural del integralismo católico argentino.

El liberalismo, que estaba sometido a un fuerte ataque en Europa, y que en Argentina atravesaba una crisis producto de los problemas económicos y sociales que el mismo progreso había acarreado, fue el blanco principal que unificó a católicos y nacionalistas. El socialismo y en general el surgimiento de corrientes de izquierda fue interpretado como una consecuencia del orden libreal, como los subproductos indeseables de la modernidad capitalista. Así, el liberalismo fue juzgado decadente e inmoral, inepto para ofrecer respuestas a la crisis, y apegado a estilos e ideas extranjeras, ajenas a la ideosincracia y a los valores del pueblo argentino.⁴² La legitimidad del movimiento nacionalista se basó en la reconstrucción del pasado nacional, por lo que fue necesario reescribir la historia para ofrecerle a ese pueblo compuesto por 30% de extanjeros una nacionalidad, no a pesar de, sino precisamente por su evidente heterogeneidad inmigratoria. El cimiento cultural unificador será encontrado en el pasado hispánico y católico, en la tradición anterior a la organización nacional y en la revisión de todo lo hecho por la generación del 1880.

La corriente históriográfica conocida como "revisionismo histórico", impulsada por intelectuales nacionalistas, en su búsqueda de los "auténticos valores nacionales", reivindicó un lugar para la Iglesia en la historia argentina, asociando el surgimiento de la nacionalidad al pasado hispánico y rescatando la figura de los caudillos provinciales que se alzaron contra Buenos

Aires en las guerras civiles que siguieron a la independencia. Figuras como la del gobernador de Buenos Aires, Juan Manuel de Rosas, encarnaron el paradigma del héroe nacional que debían reemplazar en la epopeya nacional a los ahora caídos próceres del liberalismo argentino. La reconstrucción del panteón nacional se hizo por demolición, no se trató de una operación de síntesis, ni de una historiografía escrita con pretensiones de científica objetividad, sino de la contra-versión de la historiografía liberal. Los "revisonistas" cometían así, el mismo error que criticaban en sus adversarios, exhibiendo una notable parcialidad. No fue esta la primera, ni iba a ser la última vez, que la política trasladaba su campo de batalla al pasado. Como resultado de esta operación intelectual, una nueva memoria nacional reemplazó a la edificada por Mitre casi medio siglo antes.⁴³

Esta reinterpretación del pasado nacional no podía menos que despertar una gran atracción en la Iglesia. Después de todo, la organización de estado argentino se realizó alrededor del programa liberal y la institución eclesíástica salió de este proceso sin un lugar en el panteón nacional habiendo perdido la oportunidad de informar ideológicamente el debate sobre la nacionalidad. Más aún, en el momento de la organización del Estado, la Iglesia Católica no fue considerada uno de los pilares de la nacionalidad, ni siquiera una institución necesaria para la cohesión social del país. Posiblemente, este último factor la haya afectado institucionalmente más que otros hechos, lo cierto es que la postura defensiva que había adoptado al comenzar el siglo, fue tornándose en paulatino espíritu de cruzada a medida que los acontecimientos internacionales le fueron ofreciendo un el espejo donde identificarse y el integralismo un concepción con la que actuar.

En cuanto a la dirección política, el nacionalismo católico operó también como puente en la reconciliación previa y tácita entre la Iglesia y los conservadores desplazados en 1916 en ocasión

del triunfo electoral del Partido Radical. El conservadorismo, habiendo perdido la hegemonía política después de implantado el sufragio universal, se encontró en el mismo bando que los católicos cuando la revolución del Gral. Uriburu derrocó al segundo gobierno del debilitado Hipólito Yrigoyen en 1930.

Extremadamente activo, pero compuesto por una minoría de intelectuales, generalmente provenientes de sectores acomodados, el movimiento nacionalista, por su parte, buscó ganar respetabilidad contando con un aliado como la Iglesia. Si bien en la mayoría de los casos se trataba de fervientes católicos, en otros, lo político pesaba más que lo religioso. Aún cuando pueda resultar un tanto arbitrario tratar de separar lo que fue presentado como una concepción integral de la sociedad, donde el principio de una autoridad fuerte y los valores espirituales constituían la parte central de la ideología, lo cierto es que existió una dosis de instrumentalismo en la relación entre la Iglesia y el nacionalismo de derecha. En primer lugar, por que el movimiento nacionalista estaba integrado por una elite de intelectuales, que distaba de ser homogénea, y a la que el desprecio por la política de partidos y su concepción sobre el orden natural, la llevaba a sobreestimar la importancia estratégica de las dos corporaciones tradicionales que simbolizaban el orden social: la Iglesia Católica y las Fuerzas Armadas. En segundo lugar, esta Iglesia, y especialmente la jerarquía, aunque ha sido vista por casi todos los analistas como algo sino idéntico, por lo menos ideológicamente cercano al movimiento nacionalista, sólo lo era en tanto que expresaba la proximidad ideológica entre este movimiento y las propias orientaciones emanadas del Vaticano en materia de pensamiento social. En realidad, salvo contadas excepciones, la jerarquía y el clero preferían estar donde Roma indicaba. Esto no quiere decir que la Iglesia no buscara mejorar su posición institucional frente al Estado, por el contrario, y esta también era otra concurrencia con los nacionalistas católicos, sucedía que a éste sólo podían tener acceso fuera del marco constitucional. De este modo, la

intervención directa de la Fuerzas Armadas, donde el movimiento nacionalista comenzaba a gozar de creciente prestigio, se presentó como la vía más directa para recuperar las prerrogativas institucionales que la Iglesia perdió a fines de siglo.⁴⁴

Si la lucha por la re-cristianización del estado comenzaba a ganarse, la batalla en la sociedad estaba todavía lejos de ser un triunfo. La ocasión de la celebración del Congreso Eucarístico Internacional en Buenos Aires en 1934 ofreció la posibilidad de evidenciar que el renacimiento espiritual de la sociedad argentina era también una empresa realizable.⁴⁵ El éxito obtenido por la Iglesia en la organización de este evento, sin enumerar sus efectos en los aspectos específicamente religiosos, tendrá una enorme influencia sobre la posición de la Iglesia en la sociedad argentina. El más extraordinario *momentum* del catolicismo argentino hasta entonces, el Congreso adquirió una magnificencia que resultó inesperada tanto para los católicos, como para los liberales o los indiferentes.⁴⁶ La misma Iglesia se sorprendió al comprobar una religiosidad todavía existente en la población, que en las primeras observaciones, entre la apoteosis de la prensa católica, aparecía desproporcionada en relación con la real presencia de la institución en la sociedad. La obra de Copello daba sus primeros frutos, entre ellos, sin duda el más preciado, era el creciente prestigio ganado por la Iglesia y la reafirmación de que el catolicismo era uno de los valores constitutivos de la nación. En efecto, la celebración en Buenos Aires del Congreso Eucarístico marcó un hito de singular importancia en la contraofensiva de la Iglesia. Se celebraba un acto público, con apoyo y presencia de las autoridades gubernamentales, donde lo religioso constituía por vez primera la razón, si bien no única, de una impresionante manifestación masiva que recorrió las calles de la ciudad. Para el Cardenal Eugenio Pacelli, Secretario de Estado del Vaticano y delegado papal en el Congreso fue el primer de una serie de viajes oficiales con los que coronó su brillante carrera diplomática antes de ascender al papado como Pío XII. Junto él en las ceremonias

públicas celebradas en la ciudad, la figura del presidente Agustín P. Justo simbolizaba la reconciliación de las relaciones entre la Iglesia católica y el Estado Argentino.

Difícilmente se podrá encontrar alguna nota en la literatura católica argentina que no relate este acontecimiento con tono épico. Gerardo Farrell se refiere al evento en estos términos: "En la cosmopolita Buenos Aires foco del vaciamiento cultural y centro "urbano-industrial", de casi 2 millones de habitantes ya en 1914, se produce un hecho que trasciende toda explicación racional estrecha: comulgan más de 1,200,000 habitantes entre el 11 y 12 de octubre. El pueblo argentino expresa sus valores cristianos en el campo cultural más próximo y más recóndito de la Iglesia Jarárquica: la Eucaristía. Para la "intelligentzia racionalista" será un absurdo más de este pueblo bárbaro. Para los políticos un acontecimiento a tener en cuenta en adelante políticamente. Para la Jerarquía, un triunfo y un estupor ante la obra de Dios. La atmósfera ciudadana quedaba purificada del laicismo por un vendaval de la gracia. Los partidos tenían que revisar muchos elementos de su plataforma; el anticlericalismo se volvía antipolítico".⁴⁷

Hemos seleccionado esta cita de Farrell, la que no difiere en tono de las de muchos cronistas católicos contemporáneos al acontecimiento, precisamente por tratarse de un sacerdote que a partir de finales de los años 60's, en pleno período postconciliar, participará muy activamente en el grupo de teólogos que desarrollaron una corriente teológica muy cargada de elementos populistas. La frase encierra todos los elementos históricos-culturales sobre los que ha construido esta corriente. Su lenguaje no puede ser más claro: los cosmopolita frente a lo nacional, la comunión como expresión de la cultura popular, el racionalismo elitista frente a la nobleza bárbara del pueblo. Por último, una advertencia a los partidos políticos, que por retrospectiva no hace más que anticipar una revalorización del peronismo, en la medida

que será este en su opinión el encargado de fundir ambos elementos: la Iglesia y el pueblo.

Ciertamente, un fenómeno de esta magnitud no puede ser atribuido a una sola causa, pero es posible afirmar que el nacionalismo católico fue uno de los factores más importantes en la restauración de la Iglesia como una de las fuerzas más importantes de la sociedad argentina. No sólo fue la ideología mayoritaria entre el clero y el joven laicado militante, sino que el nacionalismo se convirtió en el elemento clave para recuperar prominencia institucional en la medida en que la legitimación del nuevo orden político le devolvía la centralidad institucional perdida.

Otra de las consecuencias de la preeminencia del movimiento nacionalista fue la división del laicado en dos corrientes: la primera, el nacionalismo católico, que comprendía a la mayoría del activismo político y del clero; la segunda, la de los católicos democráticos que continuaban siendo una minoría con muy poca audiencia entre la jerarquía de la Iglesia. Para aquellos enrolados en la primera, la situación debía resolverse en una victoria rápida, obteniendo el control del gobierno, para desde allí, extender su influencia a las estructuras políticas de la nación. La preocupación por obtener el control político se convirtió en una meta religiosa en si misma, aún rodeada de cierto misticismo.⁴⁸ Para católicos que militaron en el integralismo, el catolicismo debía servir a la vez, de legitimación para la destrucción del sistema parlamentario y de las herencias del liberalismo del siglo XIX; y de fundamento para la construcción de un nuevo orden, en el que un estado autoritario guiado por la inspiración de la Iglesia, cumpliera la tarea de purificación de la sociedad. Habiendo aceptado esta dirección, la Iglesia, participó directamente en el juego político. Su triunfo obedeció menos a su fortaleza moral e influencia en la sociedad, que al hecho de haber atado sus intereses institucionales al de los grupos políticos vencedores en el golpe

de 1930, como luego lo haría en la revolución de 1943. Pero la hora triunfal no llegaría sin costos, la jerarquía eclesíastica vió disminuida su posibilidad de ejercer una autoridad moral sobre los hombres y las instituciones de la sociedad, en la medida que los grupos políticos con la que ella se identificó representaban la violación del orden legal y recurrían al fraude electoral como herramienta de manipulación política. En otros términos, el compromiso de la Iglesia con el poder pesó más que su autoridad pastoral, ofreciendo una imagen a la sociedad en la que, paradójicamente, cometía los mismos pecados que antes había señalado al liberalismo cuando le recriminaba su divorcio con la sociedad "real". Los precios que hubo que pagar por este triunfo se comprobaron al constatar que el anticlericalismo no desaparecía de la sociedad, más bien por el contrario; y la politización permeaba y polarizaba la propia esfera religiosa.

Para el grupo minoritario de católicos democráticos, la alianza de la Iglesia con el nacionalismo de derecha no sólo constituía un error doctrinario, sino un riesgo para el futuro desenvolvimiento de la institución. Su visión pluralista de la sociedad los alejó del integralismo, si bien criticaron algunos aspectos del liberalismo y de la secularización, tendían a rescatar a la democracia liberal como la forma más apropiada para el desarrollo de la religión, y a pensar que ésta no era sólo un problema concerniente a los clérigos sino por el contrario, sobre todo relativo a los laicos.⁴⁹

La visita de Maritain a la Argentina en 1936 organizada por los Cursos de Cultura Católica resulta una buena ocasión para analizar las diferencias de punto de vista que separaban a los distintos grupos católicos en relación con temas como las preferencias por el nacionalismo, el fascismo y la organización política en general.⁵⁰ De por sí, la visita de Maritain constituyó un hito político para los organizadores de los Cursos ya que se trataba del pensador católico más influyente de su época, la

jerarquía también participó del suceso de su llegada a la Argentina patrocinado a través de los Cursos varias conferencias no sólo en Buenos Aires, sino también en ciudades del interior del país. Basicamente, el mensaje de Maritain en Argentina giró alrededor de su proyecto del *humanismo integral* basado en una nueva interpretación de la Cristiandad que resultase de la síntesis de las experiencias históricas, superando las deficiencias de la sociedad capitalista contemporánea. Contrariamente a lo que muchos esperaban, Maritain no realizó una apología de la cristiandad medieval, sino que fue específico acerca de la imposibilidad radical de reeditar este Cristianismo; también lo fue en la necesidad de entender el proyecto del humanismo cristiano como una síntesis superadora de modernidad burguesa que rescate algunos aspectos del liberalismo. Aún más, lo que sonaba más sorprendente para algunos oídos era la idea de Maritain sobre el tipo de instituciones en las que ha de plasmarse el humanismo integral, ya que sostenía que éstas no deberían ser necesariamente de orden sagrado, sino que podían ser instituciones seculares, y que el fascismo era más peligroso para el proyecto de la Cristiandad que el mismo comunismo.⁵¹

En el clima de creciente politación que provocó la Guerra Civil Española en la Argentina, más acentuado aún en los grupos del nacionalismo católico donde el "hispanismo" era uno de sus componentes fundamentales, las opiniones de Maritain no podían despertar otra cosa que airadas reacciones. Las páginas de la revista *Criterio* fueron el medio donde esta polémica tomó estado público, y si bien es cierto la discusión giraba en torno a la actitud de los católicos frente a la guerra de España, de hecho lo que se discutía era la posición de los católicos frente a la diyuntiva entre fascismo o comunismo.⁵² Julio Meinvielle calificó a Maritain de instrumento de los comunistas y los judíos, y en el número siguiente, el Padre Castellani retomó la polémica señalando que el pensador francés había sido consecuente con su línea de pensamiento, y lo que irritaba a algunos católicos argentinos era

que no considerara al conflicto de España como una "guerra santa". A su vez, Franceschi, que venía de cubrir en persona la Guerra Civil Española, trató mediar en la discusión, pero el resultado de su intervención fue un artículo que escrito en forma de carta personal en donde expresaba una dura condena a Maritain, no sólo por sus posiciones frente al conflicto español, sino por considerar que dada su relevancia como pensador católico, la falta de dureza de sus opiniones frente al comunismo estaba siendo utilizado para beneficio de los enemigos de la Iglesia.⁵³

El Catolicismo Integral y el Antisemitismo

En Europa y en América, las décadas del 20 y 30, conocen un sensible recrudecimiento del antisemitismo. Conocemos sobradamente el resultado de este fenómeno en la Alemania Nazi, pero olvidamos con frecuencia, que los mismos sentimientos antisemitas también prevalecieron en ciertos medios intelectuales, en muchos otros países. En la Argentina, publicaciones como *Crisol* o *La Nueva República*, expresaron por momentos un antisemitismo virulento. En general, puede afirmarse que la mayor parte de las publicaciones católicas y nacionalistas de estos años, dieron muestra de un antisemitismo habitualmente más mitigado -- como es el caso de la revista **Criterio** --, a veces latente, pero siempre presente. En todas ellas encontramos artículos que de manera más o menos directa hacen referencia a la amenaza que constituye la inmigración judía, el comercio judío, la prensa judía, y fundamentalmente, la relación entre la comunidad judía y el avance del comunismo. Es verdaderamente sobre estas "amenazas" reales o imaginarias que se funda este antisemitismo?

La sensación que uno tiene al leer los escritos de los nacionalistas católicos que lo expresaron es que no. El antisemitismo más recalcitrante no se basa en verdaderos conflictos

de interés entre la personas realmente vivientes, ni aún sobre los prejuicios raciales como tales, sino sobre todo en la convicción de que lo judíos constituyen un grupo de conspiradores que intentan someter el universo a su dominación para destruir al cristianismo.

Es esta un creencia fuertemente enraizada en muchos de los autores a los que seguidamente haremos referencia. En realidad tiene sus orígenes en las tradiciones de cristiandad medieval que presentaban a los judios como verdaderos empleados de Satán, empleados por para contribuir a la ruina espiritual y física de la cristiandad.

Pero donde los Nazis, y sus ancestros espirituales del siglo XIX habían secularizado el antisemitismo, la Iglesia Católica a conservado una base teológica para justificarlo. Muchos católicos, han, de hecho, abrevado del antisemitismo "oficial" de la Iglesia, aceptando el mito según el cual los judíos son los agentes del desorden y la destrucción de todas la sociedades.

Veamos seguidamente como se expresó este antisemitismo en la prensa catolica y nacionalista de los años 30. Ejemplos:

El periódico **Crisol** fue uno de los más difundidos en la década del 30. Fundado por el padre A. Molas Teran el 1 de Febrero de 1932, se definía como católico y nacionalista. Rapidamente se convirtió en el lugar de encuentro del catolicismo integralista militante. Vinculado ideologicamente con la Action Francaise, **Crisol** publicó cometarios sobre notas antisemitas de Leon Daudet. A la muerte del padre Teran, la dirección es asumida por Enrique Oses. "**El Pampero**", de clara inclinación por los países del Eje durante la Segunda Guerra Mundial, será su su continuación. En 1942 la Comisión Argentina contra el Fascismo (Parlamentaria) acusa al a **El Pampero** de recibir aopoyo financiero de la Embajada de Alemania.

Durante los años 30 **Crisol** hace del antisemitismo su principal tema para atacar a la sociedad liberal capitalista. En sus notas se denuncia a los judíos como responsables de los problemas económicos que acarrearán los efectos de la Depresión en la sociedad argentina. "Nadie podrá negar hoy, que el problema judío "ad portas" descompone nuestro cuerpo social y orienta toda nuestra vida económica" (**Crisol** 12-1932).

Tal vez, de entre toda la prensa nacionalista y católica de los treinta, **Crisol** represente la expresión más violenta y sistemática de antisemitismo. Denunciando la "riqueza y el avance de los judíos" pretendía sensibilizar a los sectores sociales empobrecidos por la crisis de 1930. En el momento en que se intenta la búsqueda de un nuevo orden político, una nueva identidad nacional, el antisemitismo es utilizado para consolidar, integrar y movilizar a la clases medias y trabajadoras.

La denuncia del capitalismo liberal, del comunismo y del judaísmo no es algo exclusivo de esta publicación. Por el contrario, es un rasgo común a todas ellas, sólo que la diferencia en el grado de virulencia que adquirió esta denuncia dependió de la forma en que era resuelta la tensión entre fe y política dentro del propio sector nacionalista.

La revista **Criterio**, por ejemplo, presentó el tema en un tono por lo general más mesurado que **Crisol**. Mientras que en **Criterio** se analiza el problema a partir de la propia tradición eclesiástica, **Crisol** presenta junto a las concepciones del catolicismo integralista una admiración particular por el Duce y por Hitler. En el primer caso, como vemos, la "cuestión judía" no deja de ser definida como un problema. Esta es generalmente vinculada a otro tema de constante preocupación: el avance del comunismo. En **Crisol**, en cambio, la admiración por los regímenes totalitarios europeos se presenta como una clara alternativa política.

"El judaismo toma posesión de centros vitales de la vida económica, social, política y espiritual de Alemania...ayudado por sus acólitos liberales... El hitlerismo, es Alemania, la representación de la Patria. Como el fascismo en Italia. Y como el nacionalismo lo será en Argentina... No es un partido, sino una masa sólida de la inmensa mayoría del pueblo... Para juzgar a Hitler es necesario abandonar los clichés del liberalismo y de la democracia política" (Oses, 30-1-34, Crisol)

"Hitler... un régimen de afirmación nacionalista ... En combate, a través de Hitler, todo este conjunto de esfuerzos que hace vibrar a los pueblos de hoy, por la democracia política, el capitalismo judío, la anarquía social y la libertad de la cual se benefician sólo algunos privilegiados ..." (Oses, 1-7-34, Crisol)

Este tipo de discurso exaltado encontró eco en algunos sectores juveniles provenientes de colegios católicos o de la rama juvenil de la Acción Católica Argentina, por lo general pertenecían a los sectores medios y medios altos de la sociedad, los que se organizaban alrededor de la figura de un sacerdote consejero más o menos carismático. Uno de los principales grupos surgidos en este proceso será la Alianza de la Juventud Nacionalista que dejará una herencia visible y prolongada en la política argentina mucho más allá de la década del 40. Su lema fue "Viva Cristo Rey" y "Muerte a los Judíos". (J:L: de Imaz, "Promediando los cuarenta")

Durante la primera mitad de los años 1930, sobretudo antes de la Guerra Civil Española, es posible encontrar en **Crisol** la presencia conjunta de intelectuales católicos que con los años tomarán caminos divergentes. Así, encontramos que en un mismo número convivían un artículo de fuerte contenido antisemita sobre el rol de los judios en la política, titulado "El reino de Sión en la Argentina"; junto a un artículo de Manuel V. Ordoñez, futuro miembro de la Unión Democrática en la elecciones de 1946, sobre la

"la ley 1420 de educación laica". Son los años del Congreso Eucarístico Internacional celebrado en Buenos Aires, y por el momento, aún sin ocultar diferencias en su seno, el catolicismo integral alentaba al ambicioso proyecto de re-cristianizar la sociedad argentina. Sobre este punto no había demasiadas diferencias, hecho que permitía a estos intelectuales convivir en un medio como **Crisol**.

En el número de Febrero de 1934, segundo aniversario de **Crisol** se encuentran artículos de Leopoldo Lugones, Alberto Uriburu, Manuel Galvez, Federico Grote, Nimio de Anquin y otros. Por entonces, el mismo Enrique Oses es designado por el episcopado, junto al escritor Martínez Zuviría (Hugo Wast) en la Comisión de Prensa del Congreso Eucarístico Internacional de 1934.

Serán también las páginas de **Crisol** el lugar que eligirá Hugo Wast para responder a los ataques recibidos por la publicación de sus libros de fuerte contenido antisemita. Martínez Zuviría, quién ocupó años más tarde el cargo de Ministro de Educación e Instrucción Pública en el gobierno militar surgido de la Revolución de 1943, reprochará a la prensa de mantener el silencio sobre su obra y de estar subordinada al gran capital judío.

En un artículo titulado "Los argentinos pueden hablar en la Argentina de los judíos?", sostiene:

"En nuestro país existe una organización secreta, extraña a la tradición argentina, verdadero club de magnates, dueños de la finanzas, con el poder de orientar la opinión pública, por el control que ejercen sobre los periódicos, los cines y también la agencias de información" (Hugo Wast, **Crisol** 5-9-35)

Crisol propondrá diversas soluciones para la "cuestión judía", que fueron desde la creación de ghettos en Argentina hasta la

expulsión. Entre otras cosas se sugería la implantación de una ley que permitiera " privar a las judíos de los siguientes derechos: ciudadanía, el ejercicio de algún empleo o dentro del estado, o en un organismo privado que dependiese del estado..." (Crisol, 24-11-1935)

A medida que el nazismo progresa en Alemania, la publicación radicaliza su posición antisemita:

"Ya hemos dicho que con la inflación de 1929, los judíos han acaparado toda la riqueza de Alemania. ¿Qué es lo que podemos reprochar al gobierno de Hitler, el cual ha emprendido la restitución a los Alemanes de aquello que les pertenecía y de confiscar a los judíos explotadores todos los bienes que ello han despojado a un pueblo honesto y trabajador?" (Crisol, 31-1-1937)

A medida que los argumentos antisemitas en **Crisol** comienzan a extremarse, otros grupos católicos, así como también distintos sectores de la sociedad política y la prensa, comienzan a criticar duramente al medio. También, es el momento en que algunos de sus asiduos columnistas comienzan a dejar la revista. Enrique Oses, replica a estas críticas sosteniendo que "...En la lucha intensa que nosotros emprendemos contra los judíos son necesarios buenos amigos, como lo son los alemanes..." (Crisol, 1-3-1938)

La empresa de vulgarización del antisemitismo, no fue sólo tarea de la revista **Crisol**, luego continuará en **El Pampero**; y a principios de los años 40 se agregará **Cabildo**, donde se destacará la pluma del padre Leonardo Castellani, candidato a diputado en la elecciones de 1946 en la lista de la Alianza de la Juventud Nacionalista. Analizando las causas de la Segunda Guerra Mundial, **Cabildo** señala:

"...la voz lúcida del Führer ha señalado a los responsables de la guerra: el imperialismo plutocrático americano y los ejecutores de los Protocolos de los Sabios de Sion" (Cabildo, 25-12-1942)

Esta claro que que para este sector del nacionalismo católico la convivencia con el pueblo judío es imposible. **Crisol** que abordará el tema judío en innumerables editoriales. Definirá esta imposibilidad en el extremo de un racismo justificado con la fe:

"el olor particular que emana de su cuerpo, denota que el hebreo pertenece a una raza diferente... la raza judía es más nefasta para la humanidad que los piojos y otras plagas... . Es por esta razón que nosotros justificamos de una cierta manera su persecución y su exterminación" (Crisol, 1-9-1934)

Sí este era el panorama entre los sectores más francamente pronazis del catolicismo nacionalista, los acontecimientos internacionales, especialmente desde la Guerra Civil Española; y los propios desarrollos de la política local motivaron un distanciamiento dentro del campo católico militante en relación con la "cuestión judía".

Un creciente número de polémicas dentro de los medios del catolicismo integral testimonian la fisuras que el tema provoca entre la intelectualidad católica. Polémicas entre Martínez Zuviria y Manuel Galvez; entre la revista **Criterio** y Galvez. Precisamente éste último, comienza a tomar distancia de las posiciones antisemitas radicales y manifestar su solidaridad con algunos escritores judíos.

Entre los colaboradores de **Criterio** no existe más la unanimidad. Su secretario de redacción José Assaf adopta posiciones fuertes frente a los judíos en defensa de lo que considera una amenaza contra el catolicismo.

La polémica comienza con la publicación de libro "El Kahal y oro" de Hugo Wast. El contenido antisemita del texto provoca la reacción del escritor Lazaro Schellman quién publica un artículo titulado "Hugo Wast, anticristiano", artículo que motiva una carta elojiosa de Galvez a Schellman y un comentario en **Criterio**. (25-5-36)

Sin abandonar sus concepciones antiliberales y anticomunistas, Galvez simplemente no acepta la tesis que presenta a los judíos como dominadores del mundo y lo hace público en un medio donde, como vimos, sus secretario de redacción asume el tono del antisemitismo más tradicional. Assaf contesta con un artículo sobre la "Ofensiva hebrea" . Para éste la misma existencia de la polémica es clara evidencia que el "peligro judío existe", no son momentos estos para polemizar sino para combatir por la verdadera fe.

El debate tomó nuevo impulso con al visita de Jacques Maritain a la Argentina en 1936. Invitado por los Cursos de Cultura Católica, Maritain en un gesto simbólico, ofrecerá una de sus conferencias en la Sociedad Hebraica de Buenos Aires, para gran escándalo de algunos de los miembros de los Cursos. Esta actitud será utilizada en su contra, aún cuando la discusión partirá de su posición con respecto a la Guerra Civil en España.

La reacción del catolicismo antisemita más tradicional está bien representada en la figura del padre Julio Meinvielle. Discípulo del primer Maritain, Meinvielle fue un tomista intransigente, que ejerció una importante influencia sobre varias generaciones de católicos argentinos, a través de los distintos grupos a los cuales formó u orientó. Como dicamos, Meinveille representó el antisemitismo en su versión más tradicional y anti-moderna, fue asiduo colaborador de **Criterio**, en la priemr época de la la revista, luego de **Crisol**, **la Fronda**, **Baluart**e, y **Ortodoxia**, revista oficial de los Cursos de Cultura Católica.

Según Meinvielle, los pueblos bíblicos se disputan la dominación del mundo, siendo el conflicto entre cristianos y judíos irreductible y final. La Ciudad Católica contra la Ciudad Judía. Esta concepción, expuesta en numerosos trabajos y publicaciones, se acompaña con la idea de que el abandono de la Cristiandad Medieval, orden jerárquico conducido por la Iglesia o "Orden Natural", acarrió la ruina moral y material de la humanidad. La modernidad, el progreso, la razón, no son otra cosa que manifestaciones de esa misma decadencia.

Para Meinvielle, la conspiración judía es una realidad de la que Argentina no está librada. Señala: "Los judíos, llevados por un impulso satánico buscan la destrucción del cristianismo... conspiran contra los estados cristianos... se apropian de los bienes de los cristianos y los exterminan cuando tienen la ocasión.." (El judío)

Desde esta óptica, el pueblo judío dirige una campaña de destrucción satánica de la civilización cristiana, controlando tanto el capitalismo como el comunismo, la historia es presentada como una gran conspiración. Dice: "La dominación judía en Argentina se encuentra en todos los lugares y es cada día más efectiva... Buenos Aires, esta gran Babilonia, nos ofrece un ejemplo típico... Los judíos controlan nuestro dinero, nuestro trigo, nuestro alimento, nuestras jóvenes industrias y a al mismo tiempo son los que fomentan las ideas contra nuestra religión y contra nuestra patria..." (El Judío). La idea de la dominación de la Argentina por los judíos a través de la finanzas es una de las constantes en casi todos los autores .

Con el conocimiento de los horrores del nazismo y sobre todo de la política de exterminio llamada adalate contra el pueblo judío, las referencias antisemíticas en la prensa católica comienzan a moderarse. Mons. Franceschi sostendrá que en ninguna parte se condena más fuertemente al nazismo que en **Criterio**, lo que era sólo

parcialmente verdad. A la vez, agregaba: "que ello no significaba que la acción judía no sea igualmente peligrosa para el cristianismo y la argentinidad". (Criterio, 22-6-39)

La asimilación de la idea de cristianismo con la de argentinidad, indica claramente que la acción judía no sólo antenta, desde su punto de vista, contra el catolicismo, sino que se presenta como básicamente anti-argentina.

Haciéndose eco de una visión más pluralista de la organización social, que el mismo Maritain proponía entonces, Franceschi señala que el objetivo de integrarse comunitariamente con los judíos es prácticamente imposible para una sociedad como la argentina. "Esto es inaplicable para naciones como la nuestra. Menos aún en tiempos de imperialismos, debemos admitir el reconocimiento de minorías raciales.... (sigue)..Los inconvenientes generados por el federalismo político son ya suficientemente importantes para crear otros de orden étnico o religioso... Es necesario respetar, yo lo repito una vez más, la dignidad humana del hebreo, pero socialmente, al interior de la colectividad orgánicamente cristiana, el no debe asumir puestos de dirección. Esta es la razón por la que el presidente de nuestra república debe de ser católico. (Criterio, 22-6-39)

Por un buen tiempo, esta opinión vertida por Franceschi, representará la síntesis de la visión que sobre "la cuestión Judía" tendrán tanto la jerarquía católica argentina, como los intelectuales del nacionalismo catolicismo. Como consecuencia, el ingreso a la Argentina de judíos deberá ser limitado, ellos deberán admitir que viven en un estado católico, en una nación cristiana, donde el pluralismo y la tolerancia aparecen como valores secundarios frente a las prerrogativas de la Iglesia Católica. Aceptadas estas condiciones, entonces recién se reconoce su dignidad humana.

Solo hacia mediados de la década del 40, acompañando el realineamiento del Vaticano en la posguerra, **Criterio** suprimirá toda referencia contraria a la comunidad judía. Para entonces el golpe militar de 1943, había significado la conquista del estado por parte del catolicismo militante, y la realización de sus más caras ambiciones, entre las cuales, el decreto que implantaba la educación católica en la escuelas públicas fue, sin duda, el más fervientemente celebrado.

Ahora bien, aún siendo cierto que el discurso cambió, muy difícilmente se podría decir lo mismo sobre las actitudes de la mayor parte de los intelectuales católicos de esos años. Más importante aún es preguntarnos cuanto de este antisemitismo ideológico sustentado por las elites católicas argentinas casi siempre, pero con mayor virulencia en los años 30 forma ya una parte constitutiva del entramado institucional del estado, y cuanto de él ha pasado "sentido común político" de los grandes partidos políticos nacionales.

Para amplios sectores del catolicismo, el judío seguirá representando lo anti-nacional, lo negativo, la vertiente cosmopolita opuesta al afán totalizador de un ethos cultural hispánico y católico. Pero también, el pretexto de una amenaza que ocasionalmente justifique la movilización en defensa identidad nacional.

1. Sobre los esfuerzos realizados para movilizar al laicado católico ver Jean-Guy Vaillancourt, Papal Power: A Study of Vatican Control over Catholic Lay Groups (Berkeley, 1980).
2. Sobre Pío XI y el desarrollo de la Acción Católica en Italia ver la obra clásica de Gianfranco Poggi, Catholic Action in Italy: The Sociology of a Sponsored Organization (Stanford: Stanford University Press, 1967).
3. Para un análisis de la Encíclicas Papales ver Anne Fremantle, The Papal Encyclicals in Their Historical Context (New York, 1956).
4. Sobre Pío XI y el Fascismo ver Anthony Rhodes, The Vatican in the Age of the Dictators (London, 1973), y Giovanni Miccoli, "La Chiesa e il fascismo" en Bartolo Gariglio y E. Passerin d'Entrevèves, Introduzione alla storia del movimento cattolico in Italia (Bologna, 1979).
5. Ver Norman B. Cooper, Catholicism and the Franco Regime (Beverly Hills, 1975).
6. Sobre la transformación de la sociedad argentina a partir del impacto inmigratorio y sus consecuencias sobre el proceso político ver Gino Germani, Authoritarianism, Fascism and National Populism (New Brunswick, 1978); del mismo autor, Política y sociedad en una época de transición (Buenos Aires, 1968) y "Mass immigration and modernization in Argentina", en I. L. Horowitz (ed.), Masses in Latin America (New York, 1970).
7. Este proceso es destacado por Romero, op. cit, Capítulo VI.
8. El periódico Los intereses argentinos señalaba en 1870 frente a la inmigración, "Después querrán decirnos que la inmigración italiana es la mejor que viene a nuestras playas! La industria que nos traen, cuando no son bandidos, es tocar el organillo, limpiar las botas, vender frutas, etc, etc...". Citado en J. R. Scobie, Buenos Aires del centro a los barrios, 1870-1910 (Buenos Aires, 1977), p. 301.
9. Recuérdese que la comunidad italiana llegaba a la Argentina después del una ardua lucha por la unidad de Italia en la que la Iglesia Católica había representado el más serio obstáculo institucional.
10. El jesuíta Baltazar Homs después del incendio del Colegio del Salvador alegadamente perpetrado por grupos anticlericales observaba, "la inmigración ha traído a esta ciudad cuarenta mil italianos a lo menos, muchos de ellos la hez de Italia, dispuestos a cualquier atentado (...) pero hemos ganado mucho moralmente, puesto que toda la gente honrada se ha puesto en nuestro favor." Citado en E. Rondanina, Liberalismo y masonería (Buenos Aires, 1965), p. 119.

11. El anticlericalismo de los inmigrantes, y entre éstos especialmente el de los italianos, si bien era explícito en la mayoría de sus organizaciones sindicales y comunitarias, ha sido un tanto atemperado por recientes trabajos, ver Fernando Devoto, "Catolicismo y anticlericalismo en un barrio italiano de Buenos Aires (La Boca) en la segunda mitad del siglo XIX", en Estudios Migratorios Latinoamericanos, Nº 14 (Buenos Aires, Abril 1990). En el mismo número, dedicado por entero al tema *Religión e Inmigración* ver, Nestor T. Auza, "La Iglesia Argentina y la Evangelización de la inmigración", y Daniel J. Santamaría, "Estado, Iglesia e inmigración en la Argentina moderna".

12. Justino M. O'Farrel, "La acción pastoral de la Iglesia en la Argentina: su evolución," en Teología, Nº 9, p. 136.

13. Un informe publicado en el periódico liberal La Prensa destacaba el fenómeno de "relajación de las costumbres" de los sectores obreros de Buenos Aires: "(...) el pueblo de la República se siente enfermo, su organismo está viciado, sus instituciones peligran y el malestar cunde rápida y constantemente por doquiera". Citado en Ricardo Gonzalez (Compil.), Los obreros y el trabajo. Buenos Aires 1901 (Buenos Aires, 1983).

14. Ver como referencia a este tema José Luis de Imaz, Los Que Mandan (Buenos Aires, 1969), p. 209, y David Viñas, La crisis de la ciudad liberal (Buenos Aires, 1973), pp. 33 y ss.

15. Refiriéndose a la relación entre inmigración y la situación de inseguridad señalaba: "(...) muchos espíritus cavilosos y algún probado sociólogo europeo, llegaron a proponerse con marcada duda la pregunta de si es posible un problema social en la República Argentina. Y al pronunciarse por la negativa, declaran que para ellos lo que aquí se llama socialismo es nada más que una forma de partido radical con bandera de reclutamiento en la clase trabajadora. Hay, sin embargo, dos consideraciones fundamentales que presentar a los autores de estas afirmaciones: la primera es la que se refiere a la proporción en que en la cifra total de la población argentina entra el elemento extranjero y adventicio, que ha llegado al país poseído de los principios y aspiraciones de la causa que agita en Europa a todos los gremios del trabajo, y por consiguiente no es de producción nativa sino de importación reciente ese credo social; la segunda es que la mayor condensación de la ola inmigratoria se realiza en las grandes ciudades y acaso en sólo dos, como las de Buenos Aires y Rosario, en cuya agrupación de una millón docientos mil almas la primera, y más de doscientas mil, la suma de la industria extranjera excede con mucho a la nativa (...) desde este punto de vista Buenos Aires se presenta como una prolongación lejana de Europa, que ve reproducirse como semilla conducida por los vientos o las corrientes de las humanas transmigraciones, en América, las mismas causas del descontento que

minaron los cimientos de la sociedad en el viejo mundo". Joaquín V. Gonzalez, El juicio del siglo (Buenos Aires, 1979), pp. 149-50.

16. Ver Juan Carlos Portantiero, "Nación y democracia en la Argentina del 900". En: Punto de Vista, Núm. 14, p. 4 (Buenos Aires, 1984).

17. Sobre lo sucedido en esa ocasión existen diversas interpretaciones, se ha sostenido que Roca prefirió no enemistarse otra vez con la Iglesia; de todas formas, resulta sintomático de clima imperante en la dirigencia política, el hecho de que la jerarquía eclesiástica haya podido presionar con éxito a los legisladores. Sobre el divorcio y su debate: Ricardo Rodriguez Molas, Divorcio y familia tradicional (Buenos Aires, 1984), pp. 118 y ss.

18. Ver Zuretti, Nueva historia..., ob. cit., p. 396.

19. Sobre la preferencias políticas de mons. de Andrea ver su obra, El catolicismo social y su aplicación (Buenos Aires, 1941).

20. Sobre la administración radical y los eventos de la "Semana Trágica" ver, David Rock, El radicalismo argentino (Buenos Aires, 1977), Cap. 7.

21. Ver Stack, "Avoiding the Greater Evil...", ob. cit., p.84.

22. Sobre los Cursos de Cultura Católica ver Marysa Navarro Gerassi, Los Nacionalistas..., ob. cit.

23. Ver Julio Meinvielle, Un juicio católico sobre los problemas nuevos de la política, (Buenos Aires, 1937).

24. "...el Fascismo es la afirmación de los derechos de la autoridad pública frente a la democracia burguesa que desconocía esta autoridad. En el fascismo la autoridad se afirma... y se afirma como autoridad de un orden virtuoso. Por esto se exige el respeto a la ley como condición de toda autoridad." (...) "De aquí que aunque el estado burgués no sea totalitario en la forma del fascismo o del comunismo (...) no lo es, no por que sea mejor sino por que carece de inteligencia para idear este molde y carece de voluntad para hacerlo impositivo...es totalitario en otra forma, ya que al suprimir el Poder Espiritual y los poderes económicos, deja entregados a los individuos y a la sociedad a una burguesía materialista devoradora y todo queda **totalitarizado** en un régimen **laico, burgués y democratista**". Meinvielle, Ibid., pp.39 y 42.

25. Ver Mario Amadeo, "El grupo Baluarte y los Cursos de Cultura Católica", en Universitas, Año 9, Nº 38, Buenos Aires, 1976, pp. 23-26.

26. Amadeo, *Ibid*, p.23.

27. Ver Stanley G. Payne, Spain's Catholicism, An Historical Overview (Madison, 1984), pp. 100-104.

28. Sobre los primeros años de *Criterio* ver Manuel Galves, Recuerdos de la vida literaria (Buenos Aires, 1961-65), vol. III, pp. 10-17. Sobre la revista *Criterio* existe una extensa bibliografía a la que haremos referencia en el capítulo siguiente al estudiar su impacto en el catolicismo argentino de la década de 1930.

29. Sobre el aporte financiero de la jerarquía eclesiástica a *Criterio* ver la nota de despedida al nuncio Cortesi en, *Criterio*, Nº 461, Diciembre de 1936, p.417.

30. Ver *Criterio*, Año I, Núms. 9, p. 271; 32, p.43-44; 40, p.297; Mayo, Septiembre y Octubre de 1928. Meinvielle, en Nº 94, Dic. 491-492, 1929.

31. Ver Jorge Majia, "Las tres etapas de *Criterio*", en *Cincuenta años de Criterio*, *Criterio*, Nº 1777, Dic. 1977.

32. Mons. Franceschi fue sucedido en la dirección por el Padre Jorge Mejía quien ocupó el cargo de director hasta 1977. A partir de esa fecha, y hasta la actualidad la revista estuvo bajo la dirección del Padre Rafael Braun asistido por un Consejo de Dirección.

33. Más tarde, promediando el gobierno peronista, las preferencias políticas de Franceschi cambiarán hacia formas más favorables con las organizaciones demócratas cristianas, tal como aparecían en la Europa de postguerra. Ver número de homenaje a mons. Franceschi en *Criterio*, Año XXX, Nº 1288, Julio de 1957. Contiene artículos de Mejía, Costa, Potenze sobre la obra de Franceschi. También ver Carlos Floria y G. Montserrat, "El pensamiento de Gustavo Franceschi y la Revista *Criterio* en la cultura política de la Argentina contemporánea, (1928-1978)", en Iglesia y Cultura Latinoamericana (CELAM, Bogotá, 1982), pp. 227-288.

34. La crónica del golpe de estado en el periódico oficial del Arzobispado de Buenos Aires, *El Pueblo*, presentó a el golpe militar como una obra del "pueblo argentino apoyado por el Ejército", *El Pueblo*, 7 de Septiembre 1930.

35. Sobre un análisis del catolicismo integral ver Emile Poulat, Eglise contre la bourgeoisie, (París, 1977); para el caso argentino ver Fortunato Mallimaci, El catolicismo integral en la Argentina, (1930-1946) (Buenos Aires, 1988).

36. Mons.de Andrea y el padre Meinville ejemplifican claramente ambos extremos de este arco ideológico. El primero señalaba "La gran deficiencia de nuestra democracia es que se ha convertido exclusivamente en política, cuando tendría que ser económica y social...", de Andrea, El catolicismo social y su aplicación, ob. cit.; por su parte Meinville decía: "Que si la violencia fascista no logra asegurar un régimen estable, servirá al menos para preparar una generación que mañana, cuando hayan de enfrentarse los dos bandos, el de los sin Dios y el de los que quieren reascender hasta Dios se encuentren estos aguerridos para la batalla final...", en Un juicio católico..., ob. cit., p.45, (en itálicas en el original).

37. Este hecho es reconocido, aunque no con frecuencia, por algunos miembros del laicado que participaron en las las organizaciones católicas de los años treinta. Así, refiriéndose a las tendencias que se desarrollaron al interior de la ACA en esta década, Pedro J. Frías sostiene: "No es necesario señalar que parte de la nueva generación - no sólo católica - tenía cierta avidez de irracionalidad y de cambio que explica la expectativa de una nueva experiencia de Poder, representada entonces por los totalitarismos. Muchos se instalan mentalmente en "La revolución que anunciamos" (...)". Ver Pedro J. Frías, "La Política Argentina entre 1930 y 1960 y los Católicos" en 30 Años de Acción católica, Boletín de la Junta Central de la Acción Católica Argentina, (Buenos Aires, 1961), p.26 . También, John J. Kennedy, Chatolicism, Nationalism, and Democracy (Notre Dame, 1958), p. 180.

38. No era este el único modelo posible - las acciones católicas de Francia, Bélgica e incluso Brasil presentaban una estructura más descentralizada - pero en la práctica, el patrón de organización de la Acción Católica Italiana, dirigida en todas sus ramas directamente desde el Vaticano, fue la que prevaleció en un episcopado fuertemente romanizado como el argentino. El primer asesor general de la ACA fue el por entonces padre Caggiano, futuro titular del Arzobispado de Buenos Aires y Cardenal, como obispo de Rosario tendrá una destacada actuación por su apoyo inicial a Perón. Para la organización de la ACA, Copello envió a Caggiano a Italia durante varios meses para estudiar el modelo y funcionamiento de la ACI. A. Donini, Religió..., ob. cit., p. 116, nota 10.

39. Ver Alberto Ciria, Parties and Power in Modern Argernina (Albany, 1974), Chapter 6, pp. 175-78.

40. Sobre el nacionalismo argentino existe una abundante bibliografía, aún constatando algunas impresiones en lo que hace al rol del catolicismo en le movimiento nacionalista, las que serán señaladas en el texto, como referencia general utilizamos las siguientes obras: Marisa Navarro Gerassi, Los Nacionalistas (Buenos Aires, 1968); E. Zuleta Alvarez, El nacionalismo argentino (Buenos Aires, 1975) y Oscar Troncoso, Los nacionalistas argentinos: antecedentes y trayectoria (Buenos Aires, 1957).

41. Mario Amadeo, Ayer, hoy y mañana, (Buenos Aires, 1956), pp. 112-113.

42. Ver Mario Amadeo, Ayer, hoy y mañana..., ob. cit., especialmete, Cap.V, pp. 109-129.

43. Sobre el tema véase Tulio Halperin Donghi, El revisionismo histórico argentino (Buenos Aires, 1972).

44. En nuestra opinión ha habiádo una generalizada confusión en la manera con que se han trasladado los contenidos ideológicos y la posturas políticas del laicado a posiciones de la Iglesia en tanto institución. Catolicismo liberal y catolicismo integralista no se pueden traducir automaticamente cono Izquierda y Derecha políticas. De hecho, muchos de los católicos de izquierada que analizan el catolocismo integral son decididos antiliberales, habiendo saltado completamente las fase de un catolicismo democrático y liberal. El mismo análisis es pertinente sobre la relación entre los intereses políticos de los grupos y los más permanentes de la institución; de hecho pueden compartir intereses, ideologías y metas conyunturales, pero, como resulta obvio, la Iglesia no es un partido político, y no siempre las categorías con que analizamos la política explican el comportamiento institucional. Como ejemplos de lo que aquí se señala véase la obra de Farrell y Gera, entre los años sesenta y senta; los del Movimiento de Sacerdotes del Tercer Mundo; también, los trabajos más recientes de Mallimaci y Dri; y los ya citados sobre el nacionalismo argentino.

45. El Congreso Eucarístico Internacional fue el primero de este tipo de congresos reunido fuera de Europa, y la ocación de la primera visita a América de un Secetario del Estado Vaticano.

46. Mons. Quarracino, actual Arzobispo de Buenos Aires, señalaba la importancia del Congreso para la Iglesia Argentina sosteniendo que: "La historia de la Iglesia en Argentina se divide en dos etapas, antes y después del Congreso Ecucarístico Internacional de 1934. Fue un acontecimiento excepcional y por eso mismo inesperado. Aunque su preparación fue cuidadosamente prolongada y llegó a todos los rincones del país, creo que muy pocas personas adivinaron lo iba a significar su realización y su influencia (...) quizá el acto que impresionó con mayor fuerza fue la noche de la Misa y comunión de los hombres, Jamás Buenos Aires y el país habían visto - ni soñado - cosa semejante. Se habló de docientos mil participantes. (...) La Iglesia se presentó en la calle y ganó su puesto en ella. El respeto humano y esa especie de mentalidad "sacristanesca" que el liberalismo religioso había creado se agrietaron; el espíritu laicista imperante recibió un golpe que lo resintió para siempre.", en "La Iglesia Argentina en los últimos cincuenta años", *Criterio*, Nº 1777-78, p.716-717, Diciembre de 1977.

47. Gerardo Farrell, Iglesia y pueblo..., ob. cit., p.99.

48. Ver Marcelo Sanchez Sorondo, La Revolución que anunciamos (Buenos Aires, 1945). p.180.

49. Ver Augusto Durelli, El nacionalismo frente al cristianismo, (Buenos Aires, 1939).

50. La obra de Maritain había sido introducida en la Argentina a través de los Cursos y de la revista *Criterio* a partir de 1929. El Maritain que había ganado prestigio entre el nacionalismo católico argentino correspondía a su primera etapa anti-modernista, especialmente a través de su obra Primacía de lo espiritual escrita poco después de la condena papal a Action Française con la que Maritain estuvo en contacto en la década del 20, él que llega a Buenos Aires en 1936 había cambiado aún más sus punto de vista político, acercándose a posiciones que revalorizaban a la democracia política, lo que generó malestar entre los sectores nacionalistas situados más a la derecha. Sobre la influencia de Maritain en el catolicismo argentino véase Fernando Martínez Paz, Maritain, Política e ideología, (Buenos Aires, 1966).

51. Este tipo de juicios ocasionarían problemas a Maritain un año después de su visita a la Argentina, debiendo enfrentar cargos presentados por la jerarquía por falta de ortodoxia. En lo que se refiere a las repercusiones de sus presentaciones en Argentina, particularmente dos de ellas, una en la revista *Sur* dirigida por la prestigiosa escritora Victoria Ocampo, considerada el bastión de la intelectualidad liberal; la segunda en la Sociedad Hebraica, provocaron la ira de los católicos nacionalistas, algunos de ellos, como el caso del escritor Gustavo Martínez Zuviria (Hugo Wast), y algunos de los miembros de la redacción de *Criterio* que se analiza más adelante, expresaban su anti-semitismo abiertamente.

52. Ver los números de *Criterio* entre los meses de Junio y Agosto de 1937, especialmente, los artículos de Maivielle, Franceschi, Castellani; y el libro de Cesar Pico, Carta a Jacques Maritain (Buenos Aires, 1937); sobre este tema ver también Marysa Navarro Gerassi, Los nacionalistas..., ob cit., pp.111-113.

53. Ver *Criterio*, Nº 493, Agosto de 1937, p.350.